

Editorial del BENED, julio de 2006  
*El aprendizaje fuera de la escuela*  
Lorenzo García Aretio

## ***El aprendizaje fuera de la escuela***

*Lorenzo García Aretio*  
*Titular de la CUED*  
*Editor del BENED*

Poner límites al aprendizaje no ha sido nunca posible. En cualquier época y en cualquier rincón del mundo las personas han aprendido y siguen aprendiendo más allá de los espacios y de los tiempos asignados para cumplir esta función de una manera específica y también lo han hecho por vías distintas, y a veces distantes, de la enseñanza y de los profesores. Este es el tema de un reciente libro publicado en España que lleva por título el mismo que hemos puesto a este editorial y que analiza cómo la gente ha aprendido siempre fuera de la escuela y lo sigue haciendo con motivos añadidos en la actualidad. Este libro “*El aprendizaje fuera de la escuela*”, escrito por el Dr. Florentino Sanz, Vicedecano de la Facultad de Educación de la UNED, y publicado por Ediciones Académicas, fue presentado el mes pasado en la hermosa ciudad española de Ávila, ante una abultada concurrencia. Tuve ocasión de presidir el acto de presentación e intervenir en el mismo. Por su contenido, me ha parecido oportuno traerlo este mes a nuestro BENED por su indiscutible interés.

En épocas antiguas la gente aprendió en las plazas, en los teatros, en la calle, en las iglesias, en los trabajos y aprendió sirviéndose de recursos orales como el cuento, el mito o la fábula, y de imágenes representadas o esculpidas en las paredes de las iglesias o en las plazas y calles de las ciudades. Además del libro escolar o de texto, se han utilizado recursos escritos para aprender como los catecismos (religiosos y civiles), las cartillas de urbanidad, los periódicos, los carteles, las estampas, las viñetas, los comic o tebeos y recursos activos como los distintos rituales de participación directa en la vida social, política, religiosa, sindical o cultural. Los ritos sacramentales de la religión, el juego como ritual de aprendizaje social, las manifestaciones públicas en forma de procesiones, desfiles militares, protestas vecinales, reivindicaciones sindicales o costumbres familiares han servido de cauces de aprendizajes profundos y han afianzado diferentes conductas en los distintos sectores sociales. Los agentes que ayudaron a aprender en las más diversas circunstancias no fueron sólo profesores de universidad o maestros de escuela sino también los padres y madres, los predicadores, los confesores, los buenos profesionales, los líderes sociales, los lectores públicos, los juglares, los cantautores, los periodistas de la radio o televisión y los intelectuales que ayudaron a interpretar y a entender la vida.

Es mucha la gente que ha aprendido sin que nadie le enseñara, auto-organizando su propia experiencia de vida personal, social y laboral. No es que esta gente haya aprendido sin la ayuda de nadie puesto que todo aprendizaje es social, y aprendemos necesariamente impulsados por los estímulos que nos llegan de los otros pero, en muchas ocasiones, estos estímulos no tienen pretensiones de enseñar a nadie. Nos llegan a través de la palabra hablada o escrita, de los gestos o de la forma de vida de personas que no pretenden dar lecciones. Es la palabra y los gestos de aquellos que no se consideran maestros, ni profesores ni consejeros pero que viviendo y expresando su vida es recogida por aquellos otros que saben aprender de cualquier palabra, de cualquier gesto y de cualquier acontecimiento que proviene del complejo entramado de las relaciones que proporciona el vivir. En este sentido se habla del aprendizaje informal como de aquel aprendizaje que no nos llega por la vía clara de la formación sino por la de la experiencia. Aprendizaje que cada uno construye sin docentes pero no en solitario, al estilo del lector silencioso que permanentemente reconstruye el mensaje del autor desde el momento histórico, desde el contexto social y desde la experiencia vital de quien lo lee.

Si poner fronteras al aprendizaje no ha sido posible en las sociedades tradicionales, en la sociedad actual tampoco lo ha de ser por un doble motivo añadido: porque vivimos en una sociedad que dispone de unas potentes tecnologías que difunden la información, multiplican los estímulos de aprendizaje y regeneran el conocimiento a mucha más velocidad que la que introdujo primero la escritura y, después, la imprenta y porque el conocimiento que se adquiere en la escuela ya no es suficiente sino solamente necesario, dado que, disponer de información abundante y conocimiento permanentemente actualizado, se ha convertido en una herramienta clave no sólo para poder participar competitivamente en el sistema productivo sino para poder hacerlo con dignidad en cualquiera de los ámbitos sociales.

Resulta cuando menos paradójico frenar el acceso al conocimiento en una sociedad en la que el material con el que se construye la información, superabunda. Es cierto que hay que distinguir con cautela entre información y conocimiento. Como lo habría que hacer entre conocimiento y sabiduría. Mientras que, por primera vez en la historia y gracias a las tecnologías, la información es abundante, de muy fácil acceso y prácticamente gratuita, el conocimiento es, sin embargo, cada vez más caro, implica procesos progresivamente complejos para su construcción y se accede a él por caminos más enrevesados. La sabiduría no es algo que desgraciadamente nos atraiga particularmente en el momento actual e incluso nombrarla sorprende a muchos colectivos obsesionados por un tipo de conocimiento exclusivamente racional y controlado.

Que nuestra sociedad facilite la información en abundancia y ponga, sin embargo, barreras económicas y académicas para entrar en procesos de construcción de

conocimiento, no deja de ser una gran paradoja que sólo conduce a un nuevo tipo de “analfabetismo”, que se contradice al menos con la tan cacareada necesidad de conocer para poder ser competitivo. Es el nuevo analfabetismo de los letrados, a quienes la frontera para salir de su ignorancia se les ha elevado, situándola no ya en el aprendizaje instrumental de la lectoescritura que le permite el acceso a la información, como en las sociedades tradicionales en las que los ignorantes eran los desinformados porque no sabían leer, sino un poco más arriba, en el acceso al conocimiento, algo típico de la sociedad actual en la que los ignorantes son aquellos superinformados que, sin embargo, no han aprendido a verificar, descifrar, analizar, comparar e interpretar la información, es decir, aquellos que, disponiendo de información, no la saben transformar en conocimiento.

Desde muchas instancias, se reclama la necesidad de facilitar a todos el acceso no solamente a los clásicos y escolares sistemas de educación y formación sino también a cualquier vía que facilite y haga accesible el conocimiento. En todas las recientes reformas de los sistemas nacionales de las cualificaciones se promueve la necesidad de integrar en un todo complementario las distintas modalidades de aprendizaje (presencial o virtual), se anima a generar dispositivos que unan los distintos subsistemas de formación (inicial y continuo) y se insta a acreditar como aprendizajes válidos los adquiridos tanto en la experiencia laboral como en la de participación social, de tal forma que todos los que puedan, independientemente de su nivel académico formal, sean ayudados para adentrarse en procesos de aprendizaje que trasciendan la mera información .

Vivimos en una sociedad en la que todos los conocimientos y competencias aprendidas son pocas, independientemente de cómo, cuándo, dónde y con quién se hayan aprendido. El aprendizaje ha de formar un continuum que comienza en la formación escolar inicial pero que se extiende, después, a lo largo de toda la vida y se desarrolla, siempre, en ámbitos escolares y extraescolares, a través del libro o de la pantalla, conectados por la inmediatez de los sentidos corporales o por la cercanía de los cables electrónicos, en comunidad o en red. Pretender que solamente los aprendizajes adquiridos a través de la lección que tiene lugar en la escuela sean los únicamente valiosos o los que condicionan aprendizajes posteriores, resulta imposible e injusto. Imposible porque la escuela no puede satisfacer todas las demandas de aprendizaje que existen en una sociedad en la que ya no es solamente un sector social el que demanda formación sino toda la población y no lo demanda sólo durante un periodo inicial de la vida sino a lo largo de toda la vida. Injusto porque existe cada vez más gente que, gracias a los aprendizajes aprendidos fuera de la escuela, puede continuar estudios y participar en procesos de aprendizaje, incluso superior. Poner trabas académicas al conocimiento y dificultades al aprendizaje en una sociedad que diseña su economía sobre la base de transformar el conocimiento en riqueza deja perplejos a muchos ciudadanos entre los que se encuentran los nada sospechosos miembros del Consejo Económico y Social de la Unión Europea quienes en sus comentarios al memorandum sobre el aprendizaje permanente llamaron la

atención en los siguientes términos: *En algunos Estados, la obtención de un diploma de enseñanza secundaria constituye un requisito imprescindible para el acceso a la enseñanza superior. El Consejo Económico y Social aboga con firmeza por la modificación de estas disposiciones que afectan a derechos de los ciudadanos con arreglo al actual contexto.*

Si la escuela tradicional, en una sociedad tradicional, ofertaba los aprendizajes necesarios y suficientes, hoy, en el mejor de los casos, en la escuela se aprende sólo lo necesario pero no lo suficiente. Entre los aprendizajes suficientes se encuentra el aprender a seguir aprendiendo. Quien no aprenda a seguir aprendiendo será uno más de los grandes fracasados. El gran objetivo a conseguir hoy, en la escuela o fuera de ella, ha de ser el de generar aprendices permanentes no sólo aprobados escolares. Y quien en la escuela sólo aprenda a utilizar las tecnologías para acceder a la información y no aprenda a usarlas para construir conocimiento estará en desventaja crónica.

Hablar de la sabiduría y aprender a ser sabios sería introducirnos en otro tema.

Recomendamos leer el libro del profesor Sanz que, sencillamente, nos da argumentos más que sólidos para seguir creyendo que aquellos que con mucha incompreensión acometimos el reto de pelear por formas alternativas de enseñanza y aprendizaje, no andábamos desencaminados.

© *Lorenzo García Aretio – Editor del BENED – Titular de la CUED.*

Otros Editoriales del BENED: <http://www.uned.es/cued/boletin.html>